

No he de callar, por más que con el dedo
ya tocando la boca, ya la frente,
me representes o silencio o miedo.

¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

A las diez de la noche del día 6 de diciembre de 1639 el rey Felipe IV se dispuso a cenar. Una vez sentado, tomó la servilleta para desdoblarla. Sus ojos desvaídos se llenaron de asombro: bajo élla había un papel escrito. No lleva firma. Es un memorial en versos endecasílabos pareados. Su contenido, demasiado fuerte para favorecer la digestión de un estómago regio. (Felipe II, el abuelo, había muerto triste. Y con razón. Lo que él había iniciado arreció tras su muerte: la caza de puestos y prebendas, la ambición desatada, los terribles impuestos, el envilecimiento de la hidalguía y la nobleza, el absentismo de los señores, el hambre de los campesinos, las sangrías en guerras perdidas de antemano, la transformación del oro americano en un vano oropel...). Al rey, que lo adivina, se le atragantan ya las primeras palabras que entre títulos le descuelgan sobre los hombros las responsabilidades:

*“Católica, sacra y real majestad,
que Dios en la tierra os hizo deidad...”*

Le viene a la cabeza coronada el nombre del autor. Alguien contra quien se había escrito un libro entero —“*Tribunal de la justa venganza*”—, del que no andaban lejos Pacheco, Montalbán y Padre Miseno. Esa sospecha real se ve ratificada por quien tenía entonces que ratificar todo: el Conde-duque de Olivares.

A las once de la noche del 7 de diciembre de 1639 golpean las aldabas en la puerta del palacio de los Medinaceli. Con el duque ha cenado Francisco de Quevedo. El alcalde de casa y corte don Francisco de Robles Villafaña, cuando abren, le pide al escritor que se dé preso. "...de sesenta y un años de edad, crecidos de prisiones de doce años, de nueve de navegación y caminos ya huésped molesto al cuerpo, con once heridas y las dos abiertas, que me prendiesen dos alcaldes de corte, con más de veinte ministros y sin dejarme cosa alguna y tomándome las llaves de todo, sin una camisa, ni capa ni criado... en un coche con uno de los alcaldes y dos alguaciles y cuatro guardas, me trujesen con apariencia más de ajusticiado que de preso, en el rigor del invierno sin saber a qué ni por qué ni a dónde, caminando cincuenta y cinco leguas al convento real de San Marcos en León, de la Orden de Santiago: donde llegué desnudo y sin un cuarto". "...de lástima, el ministro que me llevaba me dio un ferreruelo de bayeta y dos camisas de limosna, y uno de los alguaciles unas medias de paño. Estuve preso cuatro años, los dos como fiera, cerrado solo en un aposento, sin comercio humano". "He visto a muchos condenados a muerte, pero a ninguno condenado a que se muera").

Quevedo había dicho:

"Grande sois, Filipo, a manera de hoyo;
ved esto que digo en razón de apoyo:
quien más quita al hoyo más grande lo hace;
mirad quién lo ordena, vereis a quién place".

Quevedo había dicho:

"Harto de ser castellano
desde el día en que nací
quisiera ser otra cosa
por remudar de país:
por no dejarlo dormir".

Quevedo había dicho:

"Toda España está en un tris
y a pique de dar un tras".

Quevedo había dicho:

"Muchos dicen mal de mí
y yo digo mal de muchos:
mi decir es más valiente
por ser tantos y yo uno".

Quevedo, sobre todo, había dicho:

"No he de callar por más que con el dedo,
ya tocando la boca, ya la frente
silencio avises o amenazas miedo..."

Pero en San Marcos —donde, más que por otra cosa, estaba, como el titular por Evangelista— Quevedo, por fin, había callado. Eso era justamente lo que se pretendía.

Y es que hay un papel difícil, que el destino en cada época suele encomendar a un personaje: el de notario. En el reinado de los Felipes III y IV le tocó levantar acta a Francisco de Quevedo. (Lope de Vega, que había presenciado el desastre de la Armada Invencible, es optimista pero superficial. Cervantes, que había presenciado en cambio la gloria de Lepanto, es pesimista y su humor apenas si lo encubre. Ninguno de los dos eran verdaderos notarios). Quevedo levantó su acta contra la Historia: no fue un pesimista: fue un optimista bien informado. Un ejemplo de cuánta vida cabe en una vida.

El supo lo que tiene el hombre de eternamente humano. Ese es su valor máximo: el de enseñarnos cómo fueron nuestros antecesores y advertirnos que igual somos nosotros y muy probablemente también serán igual los que vengan después. Casi todo lo escrito por Quevedo lo está como desde hoy y nos sirve. Porque es el certificador de una realidad —la humana— no versátil, que era lo que será: algo que no se acaba de hacer nunca.

Quevedo mira a su alrededor y tiene un golpe de risa amarga, interminable como el mar. Es una inimaginable sinopsis de comedia y tragedia. Es un bufón y un rey: es decir, es un hombre. Pero un hombre consciente de lo que es ser un hombre. Eso puede llevar desde la soledad a la locura, desde el sueño a la carcajada, desde la cárcel a la muerte. Francisco de Quevedo viajó por todos esos círculos. Quizá sigue viajando.

Antonio Gala

"Católica, como mi madre, asilota"
y yo digo: "mi Dios, mi Dios, mi Dios"

Le viene a la cabeza... Alguien...
contra quien se había escrito un libro entero — "Tribunal de la
justa venganza" —, del que...
bán y Padre...
quien tenía entonces...
Oliveros.